

D-54.-

LO QUE DESEAMOS, LO QUE NOS CONVIENE
Y LA VOLUNTAD

por Francisco-Manuel Nácher

- ¿Tú sabes lo que es la voluntad?
- Pues sí.
- ¿Y qué es?
- Es una energía del espíritu, capaz de poner en movimiento sus vehículos inferiores, o de hacerlos actuar de modo distinto a como su propia inercia los inclina a hacer.
- Es un poco complejo, ¿no?
- Es relativamente complejo. Pero tú mismo lo puedes descubrir y explicar.
- ¿Yo? Si he sido yo el que te he preguntado, ¿cómo voy a descubrirlo y explicarlo?
- Yo estoy seguro de que sabes más de lo que crees. Porque, tú tienes voluntad, ¿no?
- Por supuesto que tengo voluntad.
- Bueno, pues vamos a investigar un poco. ¿En qué momentos piensas tú o te das cuenta de que actúa tu voluntad? ¿Me puedes poner algún ejemplo?
- Sí. Por ejemplo, al despertarme por la mañana me da mucha pereza levantarme y si no hiciera un esfuerzo de voluntad, me quedaría en la cama.
- ¿Por qué?
- Porque lo que en ese momento me apetece es no levantarme.
- Ya. ¿Y por qué te levantas?
- Porque he de trabajar y para ello he de estar a una hora determinada en mi puesto de trabajo.
- ¿Es, pues, una necesidad?
- Una necesidad no. Es algo que me conviene si quiero seguir trabajando allí.
- Luego es algo que te conviene.
- Sí.
- Bien. ¿Y a qué se enfrenta todos los días eso que te conviene?
- A lo que me apetece, que es quedarme en la cama. Está claro.

- ¿Y quién vence?
- Lo que me conviene.
- ¿Siempre?
- Siempre.
- ¿Y ocurre eso con todos tus compañeros?
- ¡Qué va! Hay muchos que no consiguen llegar casi nunca a tiempo.
- ¿Y por qué crees que será?
- Porque puede más en ellos lo que les apetece que lo que les conviene.
- ¿Cómo llamarías tú a esa postura ante la vida?
- Falta de voluntad.
- ¿Puedes ponerme otros ejemplos como éste?
- Claro, muchísimos.
- ¿Cuántas posibilidades piensas tú que nos ofrece la vida diaria en este aspecto?
- Pues yo veo que hay cosas que nos convienen y las hacemos; cosas que nos convienen y no las hacemos; cosas que no nos convienen y las hacemos; y cosas que no nos convienen y no las hacemos.
- ¿No hay más casos?
- Yo creo que no. Estos cuatro casos agotan todas las posibilidades.
- Bien, pero ¿tú crees que con ello está dicho todo?
- Supongo que sí. ¿Por qué?
- ¿Qué papel le asignas a lo que te apetece? ¿No habrá en cada uno de esos casos, como había en tu primer ejemplo, un factor que hace que algo nos atraiga más que otras cosas o incluso, añadiría yo ahora, que nos repela más que otras cosas?
- Bueno... sí. No he tenido en cuenta eso y, claro, es importante.
- ¿Entonces qué?
- Pues que habré de repetir la enumeración incluyendo el elemento nuevo: Y quedará así: Primero, cosas que nos convienen y las hacemos. Pero que se bifurca en dos posibilidades: Que, además de convenirnos, nos gusten y por eso las hagamos; o que no nos gusten y, a pesar de ello las hagamos.
- ¿Y qué diferencia habrá?
- Supongo que la voluntad. El esfuerzo, la cantidad de voluntad empleada.
- ¿Lo ilustrarías con ejemplos?

- Sí. El primero sería el caso del escritor, del artista, el deportista profesional, que hace lo que le gusta y, además le conviene porque con ello se gana la vida. Para mí es la situación ideal. El segundo ejemplo sería el del estudiante, que sabe que estudiar le conviene, aunque no le gusta, pero lo hace.

- ¿Cómo lo hace?

- Mediante un esfuerzo de voluntad. Está claro. La voluntad vence al deseo.

- De acuerdo. ¿Seguimos?

- Sí. El segundo caso es el de las cosas que nos convienen y no las hacemos. Y, teniendo en cuenta el que nos apetezcan o no, tendremos los dos ejemplos siguientes: El del masoquista, el anormal, porque no hace, pudiéndolo hacer, algo que le conviene y, además, le gusta. El segundo sería el del mal estudiante, puesto que no hace algo que sabe le conviene, pero no le gusta.

- ¿Qué piensas de este último caso?

- Que tiene poco desarrollada la voluntad, hasta el punto que es vencida por el deseo.

- Bien, sigamos.

- El tercer caso es el de las cosas que no nos convienen y las hacemos.

- ¿Y tus ejemplos?

- El primero sería el fumador, puesto que hace algo porque le gusta, aunque sabe que no le conviene. En este caso hay también falta de voluntad. Puede el capricho, el deseo, lo que apetece. El segundo ejemplo sería otro masoquista, otro anormal, pero más anormal y más masoquista que el primero, porque hace algo que no le conviene y, además, no le gusta.

- ¿Y el cuarto caso?

- Es el de las cosas que no nos convienen y no las hacemos. El primer ejemplo sería el del que está dejándose el tabaco, ya que, aunque le apetece fumar, sabe que le perjudica y, por tanto no fuma. Aquí hay una voluntad fuerte, que se sobrepone al deseo. Y el segundo ejemplo sería el del que no ha fumado nunca: No le apetece, sabe que no le conviene y, por tanto, no fuma. También aquí existe voluntad suficiente para vencer las tentaciones iniciales que el ya fumador no supo vencer en su día.

- Muy bien. ¿Y qué conclusiones sacas de todo esto?

- La lucha entre lo que nos conviene y lo que nos apetece.

- ¿En otras palabras?

- ¿Podría ser, entre el intelecto y el deseo?

- Exacto. Pero, ¿cuál te parece más digno de ser seguido?

- Lo que conviene, la inteligencia, el intelecto, por supuesto.

- ¿Por qué?

- Porque en los ejemplos anteriores se ha visto que hacer algo que conviene, lo mismo que no hacer lo que no conviene, es inteligente. En cambio, hacer algo que no conviene o no hacer algo que conviene, supone falta de inteligencia o, por lo menos, falta de discernimiento.

- Eso no demuestra la procedencia de que prefieras el intelecto.

- Es verdad. A ver si me centro... el placer, el sentimiento, el deseo, no necesita de ningún proceso reflexivo, sencillamente gusta y ya está, y no exige, por tanto, intervención del intelecto; en cambio, el saber que algo conviene, supone haberlo deseado, luego haberlo pensado, a continuación haber deseado lo que resulte de ese examen y, por fin, haber decidido actuar de acuerdo con ello. O sea, que el intelecto está por encima del deseo.

- ¿Te aclara eso algo?

- Ya lo creo. Eso me aclara que todos los delitos pasionales, los vicios, los actos violentos, los movimientos de masas, las psicosis colectivas de cualquier clase, los histerismos, el racismo, las limpiezas étnicas, etc., que no son más que deseo, emoción y sentimiento, y que tantos desastres producen, tanto a nivel personal como colectivo, nacen a la acción sin haber sido sometidos, en ningún momento, al examen de la inteligencia. Y que quienes vencen esos primeros impulsos porque razonan, son los civilizados, los buenos ciudadanos y los que no recurren a las manos para solucionar sus diferencias. ¡Qué interesante! Estoy sorprendido de lo que estamos descubriendo.

- ¿Y qué hay de la voluntad?

- Bueno. Ahora he visto claro que la voluntad es algo superior, que mueve, tanto el deseo como la inteligencia. Yo diría que lo inferior, lo más primitivo es el sentimiento, el deseo, la emoción; por encima, situaría la inteligencia; y más arriba aún, la voluntad.

- ¿Luego?

- Lo que tú has dicho: Que la voluntad mueve los vehículos en un sentido o en otro. Y que sin voluntad no haríamos nada. Absolutamente nada. Estaríamos inactivos.

- ¿Ves como sí que sabías lo que era la voluntad y podías explicarlo perfectamente?

- En mi vida lo hubiera creído. Pero tenías razón.

* * *